

The background of the entire page is a vibrant winter landscape. It shows a snow-covered mountain range under a bright, golden sky. In the foreground, there are snow-laden evergreen trees and a small wooden cabin with a snow-covered roof. A frozen lake or stream is visible in the middle ground, reflecting the scene. The overall atmosphere is peaceful and scenic.

El último
MEJOR LUGAR

Patricia Sutherland

Resumen

Patricia Jones desearía poder volver el tiempo atrás y corregir el pasado. Por desgracia, eso no es posible y el daño ya está hecho.

Tras dieciséis años dando tumbos de casa de acogida en casa de acogida, llegar al Rancho Brady supuso un giro trascendental en su existencia. Vivir rodeada de personas que la quieren y desean ayudarla lo cambió todo, y muy pronto aquel rincón de Arkansas se convirtió en el mejor lugar del mundo para ella. Allí recuperó su autoestima, supo lo que significa formar parte de una verdadera familia y aprendió a sentirse libre, segura...

Y allí conoció a Troy Donahue, un ex-jinete de rodeos del que se enamoró locamente y junto a quien fue feliz hasta que un estúpido error dio al traste con todo.

Ahora, a punto de acabar la universidad, Patricia cuenta los días que quedan para regresar al paraíso, al Rancho Brady. Y no solo por poder estar al fin con los suyos, sino por Troy. Viene decidida a arreglar las cosas con él, a recuperar un futuro juntos con el que no ha dejado de soñar a pesar del tiempo y la distancia.

Pero al llegar, descubre que la vida de Troy también ha dado un giro trascendental...

El último mejor lugar, la esperada historia de Patty y Troy (Simplemente perfecto, Serie Sintonías 3.1).

Prólogo

Sábado, 1 de junio de 2012.

Rancho Brady.

Camden, Arkansas.

Patricia Jones esperó que la verja electrónica se abriera. Volvió a ponerse marcha con el sonido de los ladridos de sus perros como música de fondo. Era evidente que los dos sabían dónde estaban. Snow porque ese era su hogar. Lobo, porque se contagiaba de su padre. Para el cachorro de casi cinco meses que tenía un ojo de cada color como su madre, esta era su primera vez en el paraíso. El último viaje de Patty había sido en Navidad y entonces, el precioso ejemplar de Husky, todavía no había nacido. En esta ocasión, los aullidos no le molestaban. Al contrario, de haber sido perro, ella también aullaría de alegría.

Volver al rancho Brady era como volver al paraíso. Para ella aquel era el mejor lugar del mundo. Había llegado allí siete años atrás, meses antes de cumplir los 16, y entonces no era más que otro de los tantos hogares de acogida en los que sus huesos habían ido a parar.

Sin embargo, había resultado ser el último. Allí había sabido por primera vez cómo era ser parte de una familia y tener que dejarlos para ir a la universidad había sido la decisión más dura que había tomado en toda su vida.

Solo regresaba al rancho para pasar las vacaciones de verano y en diciembre, para Navidad. Volver siempre era especial para Patty. Y en esta ocasión mucho más.

Cuando se estaban acercando a la altura del camino principal en el que un pequeño sendero se desviaba a la izquierda donde estaba la antigua casa de los guardeses, ahora ocupaba por Troy, pareció como si los canes lo intuyeran. Snow saltaba en el sitio sin dejar de aullar y el pequeño Lobo imitaba a su padre.

Patty echó a reír.

—Te acuerdas, ¿eh, Snow? ¿A quién esperas ver? ¿A Boy? Seguro que está en el sector agrícola, con su dueño.

Las persianas de la casa estaban bajadas y el césped tan alto que ocultaba un trozo de la parte inferior de la fachada. Era típico de Troy; su jardín siempre parecía una selva.

El corazón se le aceleró ante el solo recuerdo de su sonrisa y Patty continuó camino con el mismo estado de júbilo que tenía desde hacía varios días.

Al fin estaba en casa.

Patty se detuvo delante de la casa principal, estilo victoriana, y cerró el contacto. A esas horas todos estarían trabajando y, además, necesitaba una dosis extra de los abrazos de oso de la matriarca de los Brady, Eileen. Se echó un vistazo en el espejo. Estaba pálida y como no era amiga del maquillaje, no había forma de esconderlo. Se pellizcó las mejillas un par de veces y se pasó la mano por el cabello, conforme con el resultado. Era castaño muy claro y lo llevaba largo por la mitad de la espalda, partido al medio y con capas de distinto largo, lo que acentuaba su ondulado natural. No era

espectacular como las cabelleras frondosas que gastaban los Brady, pero no le daba trabajo mantenerla y siempre estaba peinada. O aceptablemente despeinada, según se mirara.

Tan pronto descendió del vehículo, su teléfono móvil empezó a sonar. Sonrió al ver la imagen de la pelirroja rellenita que sostenía un niño en brazos en la pantalla de su móvil. Para entonces, Snow y Lobo estaban al borde de la histeria dentro del vehículo, aullando sin parar, pidiéndole a su manera que los dejara salir. Patty abrió la puerta posterior del monovolumen al tiempo que respondía al teléfono.

—¿*Dónde estás, dónde estás, dónde estás?* —oyó que la voz de Shannon le decía casi con el grado de histerismo que sus mascotas.

Con cierta dificultad debida a que el cachorro estaba tan excitado que no se paraba de saltar, desató los cinturones de seguridad que sujetaban a cada perro por el arnés.

—*Más cerca de lo que tú crees* —respondió, anticipando con una sonrisa la alegría que estaba a punto de darle a su antigua asistente social.

Tras casarse con Mark, el mayor de los hermanos Brady, que tenía a Patty en acogimiento, Shannon se había convertido en su madre de acogida.

—*¡No me digas que ya estás aquí!*

—Si por “aquí” te refieres a la casa de los abuelos, sí. —Patty apartó un poco el aparato de su oreja para que el estallido de júbilo, que estaba a centésimas de segundo de comenzar, no la dejara sorda.

Y fue todo un estallido. Una sucesión de expresiones del tipo “¡ay, ay, ay, qué alegría!” y “¡ya estás aquí, qué maravilla, te voy a comer a besos!” entremezclada con aquellas carcajadas tan alegres y contagiosas de Shannon que duró un buen rato, y le puso a Patty una sonrisa permanente, confirmándole, una vez más, por qué aquel era el mejor lugar del mundo para ella.

Para entonces, los perros habían descendido del vehículo de un salto y atravesaban a la carrera, el camino de laja que conducía a la casa de los Brady. Algo que Patty se quedó contemplando satisfecha. El cachorro seguía a su padre tan contento como él. Eran un espectáculo digno de ver. Pero ya no le llegaban más carcajadas a través del móvil y pronto la voz de “la pelirroja”, como la llamaba su marido, se tornó seria. O al menos, lo intentó:

—*Debería enojarme mucho contigo, señorita. ¡A qué velocidad habrás venido conduciendo para estar ya en casa!* —se quejó Shannon.

Quería sonar enojada, pero su alegría era tan grande que no engañaba a nadie, algo que Patty no tardó en confirmarle.

—No puedes enfadarte conmigo. Tienes tantas ganas de abrazarme que serías incapaz de reñirme. Aparte, que ya esté aquí no quiere decir que haya venido deprisa. ¿No te has planteado que a lo mejor te mentí diciéndote que acababa de salir, la primera vez me llamaste? Llevo varias horas en la carretera, Shannon. Por eso he llegado antes.

En aquel momento que los perros daban saltos en la explanada del porche, Patty vio que la puerta principal de la casa se abría y hacía su aparición la dueña de los abrazos de oso. Alta, robusta y con su eterna melena corta plagada de mechaz rubias, Eileen también venía hablando por el móvil.

Patty sonrió. Se le alegraba el alma solo con verla.

—*¡Vete preparando porque te voy a dar un abrazo tan grande que van a tener que despegarnos!* —oyó que Shannon le decía. Y a continuación, oyó el sonido de llamada cortada.

La muchacha guardó su móvil en el bolsillo posterior de los vaqueros y fue al encuentro de la matriarca. Cuando estaban a punto de encontrarse a mitad de camino, ella se despidió de su interlocutor.

—Mark, te dejo, cariño. ¡Tu niña me reclama y necesito los dos brazos!

Y un instante después, sobrevino el ansiado momento. Los amorosos brazos de Eileen rodearon a la muchacha, estrechándola contra su pecho, y Patty cerró los ojos y se dejó querer.

El abrazo que recibió de Shannon no se quedó atrás. Tampoco lo hicieron los que recibió de Jason, el hermano de Mark, y de Gillian, su esposa, del patriarca John, que había bajado al pueblo a por chocolate de cobertura para que Eileen pudiera acabar su postre favorito y, por supuesto, de su tutor legal. El entonces treintañero de ideas claras (no era casualidad que su mujer lo llamara “Don Certezas”), ahora casi cuarentón, le había abierto las puertas de su vida aún a pesar de saber que ella era la más problemática de todas las adolescentes problemáticas a cargo de Shannon. Y no solo se había ganado su cariño y su respeto, también había conseguido redimir el concepto de padre a ojos de Patty. Con el paso de los años, se había vuelto cada vez más apegada a él y, aunque no lo reconocería en voz alta, no sólo eran los abrazos de Eileen los que echaba en falta, también los de Mark.

Todos habían hecho un alto en sus actividades para acercarse a la casa familiar y darle la bienvenida, apenas unos cuantos minutos de cariño compartido y, poco a poco, fueron volviendo a sus tareas. Todos, excepto Troy Donahue, un ex jinete de rodeos de treinta y seis años reconvertido a capataz de rancho, de aquel rancho en concreto, con quien había iniciado una relación sentimental poco antes de comenzar sus estudios de veterinaria en la universidad.

John estaba descargando el equipaje de Patty y Eileen ya se había puesto a preparar la cena, cuando Gillian, que todavía no había vuelto a sus tareas, miró a Patty que apartó la vista rápidamente. Conocía esa mirada y el mensaje que portaba: “¿qué pasa con Troy?”

Eso mismo era lo que se preguntaba ella. Y teniendo en cuenta que llevaba una hora allí, y el segundo capataz del rancho no se había dignado a aparecer, ni a llamar, ni a enviarle un mensaje, la pregunta cada vez sonaba más fuerte en su cabeza.

Dado que no le apetecía hablar del tema, Patty contraatacó con otra pregunta.

—¿Y mi sobrinos y primos?, ¿dónde los habéis dejado?

La esposa de Jason y Eileen cruzaron miradas.

—¿Por qué me preguntas algo que ya sabes? —Gillian se acercó a la joven para hablarle en confidencia—. ¿No será que estás evitando hablar de ese tema que tú y yo sabemos?

Claro que lo sabía. Y sí, por supuesto que estaba intentando evadirse del tema.

Mucho habían cambiado las cosas en el rancho Brady desde que ella marchara a Fayetteville, a estudiar en la universidad. Después del nacimiento de su segundo hijo, Shannon había vuelto al mundo laboral. No era un trabajo a jornada completa y, desde luego, no era un trabajo en la ciudad. Había hecho exactamente lo que Mark le había propuesto cuando todavía eran novios: idear un buen proyecto y “vendérselo” al Gran Cacique, léase John Brady.

Dicho proyecto consistía originariamente en la creación de un centro de ocio juvenil en el Rancho Brady, dirigido a jóvenes de entre doce y dieciséis años que se encontraban bajo la supervisión de los servicios sociales del estado y tenían problemas de integración. Los queridos “adolescentes problemáticos” de la ex asistente social Shannon O’Neil, a los que regresaba con fuerza, cinco años después, con un programa financiado íntegramente con fondos privados que incluía diversas actividades deportivas y de ocio destinadas a ayudarles a crear nuevos vínculos afectivos, reforzar su autoestima y, en última instancia, mejorar su condición física, mental y emocional.

Sin embargo, buscando añadir alternativas susceptibles de convertirse en salidas laborales para los jóvenes, había surgido la idea de colaborar con el proyecto de agricultura ecológica de Gillian y Jason. Una idea que tuvo gran aceptación entre los Brady y que convenció a John de aprobar la propuesta de Shannon, dado que desde hacía algunos años, y a instancias de Mark, el rancho Brady participaba en los programas estatales de fomento al empleo juvenil. De esta forma, optar a los cursos de formación tenía para los jóvenes el atractivo añadido de ofrecerles una salida laboral en un entorno conocido y a Mark le permitía escoger candidatos previamente formados para cubrir los puestos vacantes.

Posteriormente, a raíz de que una de las adolescentes tenía una hermana de ocho años de la que no quería separarse para asistir al centro, a Shannon se le había ocurrido que por qué no contar con alguien que cuidara de los más pequeños -tanto familiares de los jóvenes asistentes como hijos de los monitores- mientras los mayores participaban en las actividades. Así había llegado Julia al rancho y la sala de juegos se había convertido en una mini guardería a la que asistían también los pequeños Brady. Sus padres trabajaban más tranquilos sabiendo que sus hijos estaban en familia, con sus primos y sus abuelos, al cuidado de una puericultora experta y, además, al alcance de la mano. Había sido la solución perfecta.

Allí era donde estaban los niños, con Julia, en la guardería.

Y no, desde luego, a Patty no le apetecía hablar de Troy. Lo que le apetecía, y mucho, era verlo.

—Lo que pregunto es ¿por qué no los habéis traído con vosotros?

Las mujeres volvieron a cruzar miradas. ¿Pero qué le pasaba a esa niña? Gillian frunció al ceño, pero en ningún momento perdió su sonrisa divertida.

—¿Por qué lo dices, acaso le sucede algo a tus piernas? —dijo en voz baja como si estuviera preguntando por un secreto.

Patty puso los ojos en blanco. Se levantó de la silla.

—Creo que voy ayudar a John con el equipaje —dijo, abandonando la cocina.

Ni muerta iría al sector agrícola. No iba a ser la primera en demostrarle a Troy las ganas locas de verlo que tenía.

Pero el tiempo continuó pasando, llegó la hora de la cena y todos se reunieron en torno a la mesa de la gran casa familiar de Eileen y John. La velada se extendió hasta que ya había empezado a oscurecer. A los Brady le gustaba compartir y estar en familia, y aquel día tenían más razones que nunca para celebrar: Patty estaba en casa. Los próximos dos meses sería suya.

La ansiedad de la joven había ido creciendo a medida que transcurrían las horas. Nadie hacía el menor comentario sobre Troy y él... Ni una llamada ni un solo mensaje. Estaba evitando verla. Estaba claro que él tampoco quería ser el primero en claudicar.

Eran las nueve y Patty ya no aguantaba más. Habían pasado varios meses desde la última vez que se habían visto, cada uno de los cuales había sido terrible a su manera, y en suma, se moría por verlo. Si tenía que ser ella quien diera el primer paso, pues sería ella.

Todos la miraron cuando se puso de pie. Ella les ofreció una sonrisa de compromiso y, procurando sonar lo más normal posible, dijo:

—Voy a llevar a mis perros a dar una vuelta. Dejadme algo de tarta.

Desde la ventana, Eileen la vio alejarse por el camino seguida de Snow y Lobo.

Los pies de la muchacha pusieron rumbo a la casa del ex jinete como si tuvieran vida propia. Ni siquiera dio un rodeo que justificara poder decirse a sí misma que había dado un paseo, y así contentar a su maltrecho ego. Y eso que sabía perfectamente que su familia postiza estaba con la nariz pegada al cristal de la ventana. ¿Haciendo qué? Intentar averiguar quién iba a ganar la apuesta, por supuesto. La consabida apuesta que entre los Brady siempre estaba en ciernes porque cualquier excusa era buena para bromear y pasarlo bien. Pero a Patty le daba igual, ya no aguantaba más.

Y por lo visto, no era ella sola. ¡Mira a Snow, parece que le han prendido fuego a su cola!, se dijo, ¡va en el aire el tío, con Lobo a la saga!

Hablando de perros... No había visto a Boy ni siquiera de refilón. De pronto, le asaltó un pensamiento terrible: ¿le habría sucedido algo? No era mucho mayor que Snow y era cierto que el chucho era un trasto que no paraba quieto, pero como buen callejero tenía un aguzado instinto de supervivencia. Estaría por ahí, detrás de alguna perra en celo, se tranquilizó. O usando a su dueño de almohada. La familiar imagen del can yaciendo contra el regazo de Troy, su morro descansando sobre la parte de su amo que tuviera más próxima mientras él le rascaba suavemente el lomo, le arrancó una sonrisa. Y con la sonrisa llegó una pausa a tanta tensión, a tanta ansiedad. Una pausa breve, pero necesaria. Una pausa que calmó su yo beligerante, que le dio un respiro y la serenidad suficiente para mirar las cosas con perspectiva.

Desde aquella última conversación, cuando una soberana estupidez los había enfrentado, todo había ido en picado, como una bola de nieve haciéndose más grande a medida que caía barranco abajo. A partir de entonces, la comunicación había quedado reducida a mensajes. Por llamarlos de algún modo. Apenas media docena y todos, sin excepción, cortos y fríos. A la mayoría, Patty no había respondido. Y sí, la soberana estupidez había sido suya y no de Troy, pero en el fondo, nada había cambiado realmente. Y aunque se hiciera el tipo duro, lo sabía perfectamente. Los dos lo sabían. Troy estaba loco por ella y ella por él. Solamente necesitaban más tiempo compartido, como cualquier pareja. Volver a la normalidad y entonces, hablarlo con tranquilidad y si aún quedaba alguna aspereza, limarla con cercanía, con intimidad, con complicidad. Eso era todo.

Ansiosa por empezar a disfrutar de ese tiempo juntos, Patty apuró el paso cuando llegó a la curva que conducía a casa del jinete. Recorrió los últimos metros acompañada por los martillazos que daba su propio corazón y por los aullidos excitados de Lobo y Snow.

La hierba estaba excesivamente crecida, pero ella no le prestó atención. Tampoco reparó en que las persianas continuaban bajadas ni en que no se veía luz entre los viejos listones de madera.

En el último momento, decidió que no anunciaría su presencia. De todas formas, los perros ya lo habían hecho. Tenía llave; la usaría y disfrutaría de la cara del ex jinete cuando lo tomara completamente desprevenido.

—Quieto, Snow —le ordenó al animal que, tan ansioso como ella, no dejaba de darle con el hocico en la mano, impidiéndole atinar en la cerradura. El cachorro se sumó a su padre, saltando alrededor de la muchacha, que se quejó al tiempo que reía—. ¡También va por ti, pesado! ¡Quieto, Lobo!

Cuando al fin consiguió abrir la puerta y entró, la oscuridad y el silencio la envolvieron.

Los perros entraron a la carrera, sin esperar una orden suya, y poco después volvieron a salir. Permanecieron mirando a su dueña mientras movían el rabo, a la espera. Patty necesitó unos instantes para tomar conciencia de la realidad. Intentó encender la luz, pero nada sucedió cuando accionó el interruptor, lo cual le confirmó que el silencio y la oscuridad que le habían helado el alma, tenían una explicación: la casa estaba deshabitada. A tientas, apenas alumbrada por la linterna de su móvil, se dirigió al cuadro eléctrico y habilitó la corriente.

Había un orden inusual en toda la casa. El fregadero lucía impoluto y la puerta de la nevera estaba abierta revelando su interior vacío. La cocina, con tres fuegos de gas y una pequeña hornalla

eléctrica, estaba desconectada y el cable colgaba de la cocina por un extremo. No había periódicos sobre la mesa del salón ni productos de higiene masculina en el mueble del baño cuyos estantes e interiores lucían tan vacíos como la nevera. Otro tanto sucedía con la habitación que solía ocupar Troy. No quedaba rastro de él en aquella casa.

Al fin, Patty regresó al pequeño salón que tantos buenos recuerdos albergaba y se dejó caer sobre el sofá. Hacía tiempo que allí no vivía nadie. Asintió. Esa era la razón de no hubiera visto a Boy por ningún lado. Por eso nadie de la familia había mencionado a Troy. Ni siquiera de pasada. De hecho, ahora que lo pensaba, hacía mucho que nadie le preguntaba qué tal iban las cosas con él.

El corazón de Patty dio un vuelco, obligándola a respirar hondo para evitar la sensación de ahogo.

No lo mencionaban porque ya no formaba parte de la vida del rancho.

Troy se había marchado.

© 2016 Patricia Sutherland.

El último mejor lugar

Prólogo.

www.jeraromance.com

Cómprala en:

[Amazon](#) | [GooglePlayStore](#) | [iBooks](#) | [Kobo](#) | [Nook \(Barnes&Noble\)](#)